

territorio; mas como la época de las conquistas á mano armada había pasado ya, y por otra parte, era difícil y peligroso realizar esos deseos por medio de la guerra, se resignó á dar treguas á su ambición, esperando que los acontecimientos mismos vendrían á ofrecerle repetidas coyunturas para realizar, aunque por partes, sus planes maquiavélicos. Entretanto, ella no debería estar ociosa.—Comprendiendo cuán favorable sería al logro de sus esperanzas que la anarquía desorganizada y consumiera lentamente las pocas fuerzas de su noble adversaria, propúsose desde entonces fomentar sus discordias civiles, y romper la maravillosa unidad en la fe religiosa que hasta entonces había sido su égida protectora.

¿Quién no sabe que el sentimiento religioso ha sido siempre el gran lazo de unión que ha estrechado á los hijos de un mismo pueblo, haciéndolos fuertes é invencibles contra sus enemigos? ¿Quién ignora que la unidad en la fe es la poderosa palanca que, cual la de Arquímedes, es capaz por sí sola de remover el cielo y la tierra? Bastara recordar, para convencerse de esta verdad indiscutible, la lucha grandiosa y sin ejemplo que el noble pueblo español sostuvo durante tantos siglos contra los feroces invasores de su patria, los sectarios de Mahoma.

Pues bien, comprendiendo esta verdad los hábiles hijos de la "república hermana," no han escaseado los medios para conseguir anarquizar también las ideas religiosas de los habitantes de su vecina.

Desde el momento en que el libertador Iturbide consumó la independencia de nuestra patria; desde el instante en que el sol de la verdadera libertad asomó su disco esplendoroso en nuestro horizonte político, fecundando con sus rayos bienhechores las semillas de orden y prosperidad, de paz y trabajo, de religión y piedad que sembraron oportunamente en la tierra mexicana nuestros progenitores; desde el instante, en fin, en que la unidad política y administrativa, religiosa y social que servía de base á las instituciones que voluntariamente se dió el pueblo mexicano, iban á ser la fuente abundante de todo progreso legítimo, la salvaguardia de los intereses de la sociedad, la prenda de unión y concordia entre sus hijos y la causa eficiente de la grandeza y poderío de la Nación, desde ese momento, decimos, comenzaron á plantearse también los planes más infernales para romper esa unidad, para cegar esa fuente de prosperidades, para matar esa causa de nuestra grandeza futura.—Cohechos, arterias diplomáticas, protección solapada á los insurgentes de Texas y clara y manifiesta

co, pretextos hipócritas ó especiosos para ta en favor de determinado círculo político la ocupación militar del territorio nacional, reclamaciones exageradas muchas veces por supuestos perjuicios irrogados á ciudadanos americanos, toda clase de medios, en fin, han sido empleados con el objeto de irse absorbiendo paulatinamente el vasto y feraz territorio de la Nación.

Entre esos medios, uno de los que han sido empleados con mayor constancia, indudablemente porque esperan que ha de producirles ópimos frutos, es la "evangelización," como dicen, de los mexicanos, y al efecto han invertido é invierten algunas sumas de pesos en la impresión de biblias protestantes y en la edificación de templos en alguno que otro punto de la República.

El lazo religioso es el único vínculo, puede decirse, que ha tenido la fuerza suficiente para estrechar entre sí y mantener unidas á las diversas entidades que forman la Confederación mexicana, muchas de las cuales difieren de las demás por sus costumbres, posición topográfica y alguna aun por sus tradiciones. Romper este lazo, es, pues, lo mismo que romper la gran unidad nacional. Introducir en nuestra patria los falsos principios del Protestantismo, principios disolventes por sí mismos, pues sólo se fundan en los veleidosos

caprichos de la frágil razón humana, es introducir la discordia más sangrienta en el seno de nuestras familias, bastante combatidas ya de algunos años á esta parte; y sabido es que la familia es el fundamento de la sociedad. Trastornadas las ideas de los individuos, enardecidos los ánimos, anarquizadas las familias, bien pronto quedarían también trastornados los Estados y anarquizada la Nación.

La conquista de nuestro territorio ó de la mayor parte, cuando menos, sería entonces la obra más fácil y hacendera; porque faltando en los corazones ese noble entusiasmo, esa heroica abnegación y ese patriotismo puro, ardiente, desinteresado, que inspira al hombre la fe religiosa y le comunica la fuerza y la constancia suficientes para defenderla contra todos sus enemigos, por poderosos que sean, y á pesar de todos los obstáculos, por invencibles que parezcan; faltando esa comunidad de ideas y sentimientos, de intereses y esperanzas que producen la unión de los ciudadanos y los hacen fuertes ó invencibles; ¿qué idea grande, qué sentimiento generoso, qué noble aspiración será suficiente para inspirar ese patriotismo que no cede ante los golpes más rudos de la adversidad y, sobre todo, para mantenerlo inólume en los corazones y sostenerlo hasta sacrificar la vida y los intereses? ¿Se-

rá acaso el amor á la tierra donde se nació nuestra cuna, refrescada por los aires embalsamados de nuestros campos? ¿Será tan sólo la vista de nuestro cielo tropical iluminado siempre por torrentes de luz esplendorosa? ¿Será el recuerdo de nuestros padres cuyos huesos blanqueados por la intemperie yacían esparcidos en desorden en los osarios de los cementerios ó religiosamente conservados en el obscuro hueco de las tumbas? Mucho es esto en verdad; pero ¡ah! la triste experiencia nos enseña que por grandes que sean tales motivos, no son doloroso es confesarlo, no son suficientes para inspirar el patriotismo y la abnegación. Cuando los intereses materiales y las pasiones políticas hablan con voz haflagadora al corazón, el patriotismo que no está inspirado y sostenido por la idea religiosa, languidece y cae.

La unidad religiosa es, pues, nuestra única salvación. Entiéndanlo bien aquellos de nuestros conciudadanos que hasta ahora han estado haciendo esfuerzos por romper esa unidad. ¡Quiera Dios que no tengan que llorar sus extravíos en un porvenir quizá no lejano!



¡RESUMAS!

PAR PAUL FEVAL.

(Bibliografía.)

I

Paul Féval, el amigo y cofrade de Dumas, de Balzac, de Soulié y de Eugénie Sue, á cuya triste celebridad aspiraba y casi había logrado alcanzar; el ligero novelista cuyo largo camino sembró, como él mismo dice, de tantas páginas frívolas que han servido de juguete al viento; el joven escritor, en fin, que inauguró su carrera literaria filiándose en ese ejército de literatos superficiales, adoradores de la forma, que poseídos de las preocupaciones anticristianas ó tocados, cuando menos, de